

# 1

Miró a través de la vitrina casi sin respirar. Era una tentación irresistible. Impaciente, tamborileó con sus dedos el vidrio y pasó lentamente la mano sobre la superficie como haciéndole una caricia a la distancia.

—Raymundo, vamos, perderemos el ómnibus. —La voz de Nicolasa lo sacó de su ensimismamiento—. Un día te compraré una pelota de cuero, ya lo verás.

—¿De verdad, mamá? ¿De verdad?

—Te lo prometo, hijo. Ahora solo viajamos igual que en el fútbol que te gusta, como haciendo un pase, un pasecito para mejorar, para ganar. No nos rendimos, hijito, no hay que rendirse nunca, ¿no?

—Nunca, mami. Yo busco el gol siempre, así me hagan cien *fouls*.

—Eso es, hijito. Ahora vamos, sube ya. Te compré mandarinas para el camino.

Todavía alcanzó a mirar el balón y repetir que un día sería todo suyo. «Entonces estaré listo para ganar siempre por goleada».

—Hasta pronto —anunció casi como un desafío y subió al bus.

Con el primer movimiento del vehículo, Raymundo se revolvió inquieto en el asiento. Nicolasa acomodó el pequeño equipaje de mano a sus pies, dio unas palmaditas a su hijo para calmarlo y le alcanzó una mandarina. Al día siguiente todo sería mejor para ella y para él. Con ocho, casi nueve años, podía adaptarse fácilmente. Sí —dio un suspiro profundo—, con aquel viaje estaría protegido.

Con la nariz pegada a la ventana, Raymundo dio una última mirada a las calles de Lima, las calles que dejaban quién sabe hasta cuándo. No podía entender por qué se iban así, tan de repente. No había tenido tiempo ni para despedirse de los amigos del barrio. ¿Habían cerrado bien la puerta de su casita en el pequeño solar de Magdalena? Sí, él guardaba la llave, la llevaba colgada del cuello para mayor seguridad. Se la había entregado su madre para convencerlo, como prueba de que un día volverían. Hasta entonces, ¿la vecina cuidaría bien a su perro Lucas? Seguro que sí cuidaría su casita y a Lucas, porque en el barrio todos querían y admiraban a Nicolasa, la modista de los artistas folclóricos. Ella también era una artista de la costura, del bordado y de las lentejuelas.

Miró las calles hasta que estas fueron desapareciendo devoradas por los arenales, y sus ojos continuaron examinando el paisaje cambiante, las chacras, los pequeños caseríos, las ramas de los molles meciéndose al borde del camino. Al fin, el ruido del motor que se esforzaba por trepar las alturas lo fue aturdiendo.

Durante un tiempo siguió las peripecias de la carretera mientras esta se deslizaba y serpenteaba entre los cerros. Aquel

viaje parecía interminable. El polvo se metía por todas las rendijas del bus destartado mientras este bordeaba abismos que seguramente alcanzaban el centro del planeta.

—Hemos llegado. —La voz de su madre le llegó desde muy lejos.

«Qué tal sueño he tenido, parecía un viaje de verdad», pensó todavía adormecido.

—Apura, hijo, ya llegamos. Hay que bajar porque el ómnibus tiene que seguir su ruta —insistió Nicolasa.

Entonces era cierto. Un azul intenso, distinto del gris sin remedio del cielo invernal de Lima, fue lo primero que vio por la ventanilla del bus. Sin notarlo, aguzó sus sentidos frente a aquel mundo del que tanto le había hablado su mamá. Porque ahí, al pie del estribo, como quien dice, todo le parecía distinto. Hasta las nubes tenían otras formas y volaban como algodones llevados por el viento.

Nadie sabía que llegaban, de modo que nadie había ido a recibirlos. De la mano de su madre, Raymundo avanzó entre las casas de adobe y los sembríos de aquel pequeño pueblo ubicado en un recodo perdido de los Andes, quién sabe cuán alto, cuán lejos del mar.

—¡Nicolasa!

—¿Teodora? ¡Ay, Teodoracha! ¿Y Eulogio...?

—Ya viene de la chacra. ¿Por qué no avisaste que llegabas, hermanita? Te hubiéramos esperado.

Miró a las dos mujeres, que hablaban en quechua, con los ojos muy abiertos. Conque de verdad habían llegado. Porque, claro, esta casita de adobe ante la que se habían

detenido, donde las hermanas se abrazaban y lloraban, era el hogar de su madre. Ubicada al borde de alfalfares y a la sombra de un molle, aquella casa le pareció arrancada de algún libro de los que les hacía leer la profesora en la escuela. Y por delante había una pampa, lista para jugar un buen partido de fútbol si hubiera traído una pelota. No, no estaba tan mal aquel lugar.

—¿Y este es Raymundo? —preguntó Teodora secándose los ojos.

—Sí, es mi hijo; saluda a tu tía Teodora —dijo Nicolasa empujándolo un poco.

Solo había entendido los nombres, ni una palabra más. En Lima nunca había aprendido el quechua en el que Nicolasa hablaba con su padre como si él no estuviera presente. Tampoco lo escuchaba desde que falleció su papá hace casi un año. Si supieran sus amigos en dónde se encontraba y que no entendía nada de nada. «Seguro que a estas horas ya están listos para jugar un partidito...». Casi podía escucharlos.

—Oye, Lalo. Vamos a jugar, trae tu pelota.

—Ya voy. Oe, esta vez tienes que marcar bien a Raymundo, pues. Ese meón se cree lo máximo del fútbol...

—Ya, ya, apura que nos ganan la canchita los de la otra calle...

—Sí, pero primero hay que llamarlo, ¿no?, y mira, allá están Juan y Pedro Picapiedra.

Al fin, a la caída de la tarde, libres ya de tareas escolares, los amigos están listos, como todos los días, para sacar el polvo del asfalto. Para pasar de calichines a campeones.

—¡Raymundo...!

—Shhh, no hay nadie, ha viajado con su mamá —informa la vecina.

—¿Viajado? No dijo nada, ¿y cuándo vuelve?

—No sé. Ya se enterarán cuando vuelva, ahora vayan a jugar a otra parte que tengo mucho por hacer. Ya es tarde.

Por fin, la casita de adobe los acogió con el alegre chisporroteo de la leña encendida en el fogón. «Anocheció rápido... mmm... qué sueño... y ellas siguen conversando», se dijo Raymundo, acurrucado sobre una piel de oveja, mientras se esforzaba por entender el runrún de una voz que le hablaba suavemente.

—¿Escuchas? El arrullo de los grillos llena la noche. Quizás fueron creados para acompañar a los viajeros, sobrino, a los viajeritos como tú que no tienen sueño. Dicen que, si llegas a ver a un grillo cantando junto a una ventana, recibirás visitas inesperadas... Eso dicen, no sé. Anda, Raymundo, duerme, que mañana es otro día... Mañana quizás quieras tocar conmigo la quena y descubrir el ritmo del canto de los grillos, o quizás quieras ser un grillo cantando en la ventana...

«El tío Eulogio es bueno. Su voz es buena. Se ha pasado sentado aquí tanto rato que no sé cómo no se ha dormido. Pero no entiendo lo que dice, no sé de qué han hablado mi mami

y mis tíos todo este tiempo. Hablan poco el castellano y es una lástima que yo no hable quechua. Parecen preocupados, no sé... no sé... seguro están cansados...».

Lo mejor de la escuela del pueblo, a la que lo envió su madre al día siguiente de su llegada, fue la fiesta de aniversario. Se la habían pasado haciendo cadenas multicolores de papel cometa comprado, con una semana de anticipación, en la capital de la provincia. Aprovechando que la maestra viajaba hasta allí cada mes para cobrar su sueldo, Raymundo se había ofrecido a acompañarla «en delegación» para hacer las compras necesarias.

La profesora era la única con quien hablaba fluidamente en las horas de clase. Con los otros chicos sentía que no solo hablaba a medias, sino que lo entendían a medias. Y con los demás, en su casa y en todas partes, seguían los entendimientos confusos y, al final, simplemente completaba la conversación con señas y gruñidos. ¿O era él que no quería entender nada? Qué lejanos le parecían su casita de Magdalena y sus amigos, siempre dándole a la pelota o, aunque sea, a una piedra o a una chapita de gaseosa.

Tras los discursos de las autoridades, tocó el turno de los números musicales. Parado junto a su tío y a la banda del pueblo, Raymundo hizo cantar como un pájaro a su flamante quena.

«La música es jaboncito perfumado para el alma, sobrino, agüita fresca. Toca y verás que te refresca, no importa dónde estés», le había dicho su tío Eulogio en su medio castellano. Y

le había enseñado todos los secretos, todas las notas, todos los huainos de su alforja.

Al fin había logrado también jugar al fútbol. Resulta que la pelota era una joya universal, por algo era redonda, infinita. No solo era el más fascinante de los deportes, sino que era el único deporte en aquel lugar del mundo. Y allí, en ese pueblito, junto a sus primos que no hablaban bien el castellano, pero que eran unos ases dominando la bola, volvió a soñar con campeonatos y otras lides. Este equipazo podía ganar todas las copas. Ya verían los amigos cuando volviera a Lima.

Todo fue mejorando desde la fiesta. Y Raymundo fue descubriendo, junto con los aromas del campo y del fogón de leña, que aquel pueblito de su madre también era su hogar. Que los terneros eran bellos y que su hocico mamón olía a leche fresca. Que poniéndose él en cuatro patas podía chocar su cabeza contra la de ellos y sentir sus cachitos diminutos, y a veces hasta su lengua de lija cuando le daban una lamida inesperada y lo peinaban a lo «lengüetazo de vaca». Con el tiempo, Lima se fue quedando atrás y el campo lo cubrió de colores y alegrías.

Hasta que un día, Eulogio anunció un viaje, de trabajo dijo, porque las heladas habían acabado con las cosechas. «Hay trabajo en una mina, no se preocupen», insistió; todo estaría bien, pronto les enviaría dinero y en vacaciones volvería. Y se fue con su equipaje pequeñito y su quena en el bolso. Raymundo todavía alcanzó a ver el bus a la distancia. Había corrido hasta la última lomada del pueblo como si así hubiera podido detenerlo, y allí se quedó hasta que el polvo del camino se fue también de viaje siguiendo al bus destartelado.

Al poco tiempo, también su madre y su tía anunciaron que tenían que ir al hospital de la provincia. Nicolasa debía seguir su tratamiento. Había venido de Lima «algo enfermita», pero pronto sanaría, le dijeron. Pero al cabo de los días, parado a la puerta de su casita de adobe, Raymundo vio regresar a su tía sola y sintió que un viento helado lo envolvía. Corrió para alcanzarla. Casi sin darse cuenta, corrió por los campos vacíos, congelados.

Al fin se detuvo de golpe.

—Tranquilo, todo estará bien. Ahora ya sabes por qué volvió tu mami al pueblo. Necesitaba este aire, esta luz, este calor de nuestra tierra para ella y para ti —dijo la tía haciendo un esfuerzo por dejarse entender en castellano.

Luego, junto al fuego de leña de aquel hogar andino, Teodora le explicó que después de curarse su madre volvería, que solo era cuestión de tiempo, que en prueba de ello, mientras tanto, le había mandado su primera pelota de cuero, la mejor, diciendo que él sabía lo que eso quería decir. Y así siguió arrullándolo hasta que, venciendo a la noche, el sol volvió a asomar por las montañas.



## 2

Los Evaristos llegaron una tarde de julio. El bus entró a la plaza del pueblo echando humo y se plantó en medio de la calle altivamente, disimulando sus achaques con el lustroso verde limón y rojo mandarín de su lata recién pintada.

Para satisfacción y asombro general, descendió en primer término Juan Evaristo, vestido con terno, corbata, y cargado de paquetes. «Mismo ekeko», masculló doña Envi Díaz desde una esquina. Tras él descendieron sus hijos Vicente Evaristo, con el pelo revuelto, y Dayana Evaristo, luciendo pantalones llenos de lentejuelas. La última en aparecer fue su esposa, Rudecinda, que bajó agitando los brazos como había visto que hacían las artistas de cine, con el pelo flamígero ondeando al viento y pantalones *jeans* de última moda.

Tras el impacto de la primera impresión, la pequeña banda del pueblo —una trompeta, un saxofón, un tambor y un violín—, que había enmudecido por un instante, relanzó sus notas de bienvenida mientras la multitud asombrada rodeaba a los viajeros.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo emocionado el alcalde abrazando a los recién llegados—. Nuestro pueblo se honra en recibir a sus hijos predilectos.

—Gracias, hermano —respondió Juan Evaristo al borde de las lágrimas.

Quince años habían pasado. Quince años desde el último abrazo, desde el día en que se fueron a la capital: él, llevando en un bolso su modesto equipaje, y Rudecinda, con su bebé a la espalda.

—Volveremos, te prometo que volveremos —le había dicho a su hermano—. Ya verás, en un año, máximo dos, estaremos de regreso para pasar el cargo. Alcanzará para semillas y todo irá mejor. Nos recuperaremos de las heladas que acabaron con nuestras cosechas. Te lo prometo.

Pero habían pasado quince años. Tres lustros. Con sus ojos cargados de nostalgia, comprobó que la placita lucía igual de polvorienta.

*Esquinita linda  
recuerdo de amooores,  
cada vez que pasooo,  
me siento y me llorooo...*

Esa canción... alguien cantaba ese huaino de su juventud... no pudo más y se secó algunos lagrimones con el gran pañuelo que adornaba el bolsillo de su terno. Tras la bienvenida inicial, la banda acompañaba ahora a un dúo de cantantes que también había llegado para la fiesta patronal.